

AUNQUE BAJO LA denominación genérica de «diario» pueda haber todo, desde el ensayo a la novela, soy de los que opinan que, comenzar a escribir lo que yo considero un «verdadero» diario íntimo, es cosa más bien propia de la juventud, según parece deducirse del excelente trabajo del profesor Manuel Alberca, publicado bajo el título de *La escritura invisible* (Sendoa, 2000). Otra cosa es que esos juveniles diarios íntimos, que llegan a mantenerse a lo largo de toda una vida, acaben, a la larga, perdiendo parte de su primitiva y sincera intimidad, para irse convirtiendo en obra literaria. Como también ocurre que escritores más o menos consagrados ya, elijan –de modo más o menos ocasional– esta modalidad creativa como una variante en su obra.

Y digo lo primero por experiencia propia ya que, el 31 de diciembre de 1948 era yo un joven pueblerino, soñador, romántico y amante de la poesía, que trabajaba como practicante en un pueblo de la Mancha y que, intuyendo un gran cambio en mi vida simple y rutinaria (debido al cumplimiento del servicio militar en el año siguiente), al término de aquella vigilia de la Adoración Nocturna a la que asistí aquella fría Nochevieja, al volver a casa, abrí un grueso cuaderno de los utilizados para contabilidad y di comienzo a un «diario íntimo de impresiones». Diario que, con saltos temporales más o menos prolongados, vengo manteniendo hasta la fecha.

Los cinco primeros años del mismo fueron publicados en 1991 por la B.A.M. de la Diputación de Ciudad Real, en un volumen titulado *Edelgard*, diario de un sueño (1948-1953). De los años que siguieron, a finales de 1997, realicé una autoedición casera (cincuenta ejemplares numerados) de un segundo volumen titulado *Diario de un intento*, para felicitar las Navidades a los amigos. Y, los años siguientes, hasta la fecha, se van incorporando en lo que ya considero como los Años de Propina, que son los que se viven –según decía mi madre– más allá de los setenta..., y que ya veremos hasta cuándo duran.

He aquí algunas entradas, tomadas un poco al azar y un tanto recortadas.¹

J. F.A.

José Fernández-Arroyo

Diarios 1948-2002

Primera parte: *Edelgard*, diario de un sueño (1948-1953)

Manzanares, 31 de diciembre de 1948

ESTA NOCHE, en que muere un año más de mi vida, quiero dar comienzo a este diario de mis impresiones íntimas.

Dentro de unos momentos, el sencillo acontecimiento de doce campanadas marcará la inexorable transición de un año que muere a otro que nace. No quiero volver mi vista al pasado en un recuento meticuloso de lo que he hecho o he dejado de hacer. Queden atrás mis veinte años vividos, con sus penas y sus alegrías y sus éxitos y sus fracasos. Este año que va a comenzar abre una nueva etapa a mi vida.

Quiero que mi vida, de aquí en adelante, sea fecunda y fructífera. Y sé que este año va a suponer como una renovación total a mi



existencia. Quiero empezar ya a andar por mi camino y a ir conquistando los jalones decisivos que me la afirmen. Quiero que mi vida comience a ser cómo deseo... Y, cuando pienso que va a nacer para mí una nueva era, mi corazón se estremece y se agita en unas ansias locas de luchar...

* * *

Ya cayeron, como un toque de agonía por el año muerto, las doce campanadas, y en la sonora vibración de la última nació, temblando de frío como un niño, el año nuevo.

Durante la vigilia del Santísimo hemos prostrado nuestros rostros en tierra y hemos elevado nuestro pensamiento al Señor. Mi oración ha sido humilde y sencilla: «¡Hazme bueno, Señor!».

¡Y he aquí que el Año Nuevo ha comenzado! ¿Qué me traerá, Dios mío? Yo deseo luchar, deseo vivir y que mi vida florezca y fructifique como los trigos y los campos. El año ha comenzado, pero comienza en noche y no puede verse a través de las sombras. Sólo, en lo negro lejano, unas estrellas brillantes que tiemblan en el cielo frío. Pero no tengo miedo; quiero luchar y Dios está conmigo. ¡Adelante!

Manzanares, 6 de enero de 1949

HE PASADO en Ciudad Real los cuatro últimos días. En representación de mi centro parroquial, he asistido allí a unas jornadas de dirigentes de Acción Católica. Han sido unos días de intensa vida espiritual, de grandes impresiones y de profundas enseñanzas.

Una de esas impresiones fue la de ayer por la mañana. Cuando íbamos a comenzar la primera ponencia, entró un sacerdote a invitar a todos los jornalistas para que le acompañáramos a llevar el Viático a una enferma que, al parecer, estaba agonizando en una calle próxima (...) Yacía en una cama vieja, medio vestida y medio cubierta con una manta raída y aparentaba tener unos cincuenta años. Daba pena ver aquel cuartucho mugriento y sombrío donde el aire y la luz entraban sólo por la

puerta desvencijada, de par en par abierta al frío exterior. Era una escena de tristeza y desolación que me dejó profundamente conmovido. Aquella pobre mujer parecía estar muriendo de hambre y miseria, más que de otra cosa. El sacerdote le decía que se arrepintiera de sus pecados y que repitiera con él el «Yo pecador». ¡Qué extraña y patética sonaba la voz del sacerdote y el murmullo ronco de la pobre mujer! Cuando el ministro de Dios tomó en sus manos la Hostia y dijo: «Domine, non sum dignus»..., sus palabras me estremecieron. ¡Qué extrañamente sonaban en aquel sucio cuchitril y ante aquella mujer que moría absolutamente abandonada! (...) Por la tarde recibimos la visita del Sr. Obispo (...) y cuando salió del lujoso automóvil, entre las reverencias del séquito, yo me acordé de repente de la mujer agonizante de la mañana y de cómo resonaban las palabras del sacerdote: «Domine, non sum dignus»...

26 de enero de 1949

OTRA VEZ cartas extranjeras! Esta mañana he recibido dos: una de un chico francés y la otra, de otra chica alemana. El francés se llama Jean Gamard y escribe, en un español bastante correcto, una carta muy simpática en la que me propone que yo le escriba en francés y nos corriamos mutuamente los errores. La carta de la chica alemana, en un francés que me parece bastante correcto (en comparación con el mío) me ha producido una impresión muy especial: escrita con una caligrafía ordenada y vertical, tiene un cierto tono casi misterioso, como sugerente, no sé, algo que no puedo explicar (...):

España me interesa mucho, me atrae misteriosa y magnéticamente? ¿Por qué?... Yo no lo sé; sólo sé que me atrae España! ¡A fe mía, ahora veo que casi me había olvidado presentarme! Héme aquí: Edelgard Lambrecht, estudiante alemana de 22 años, esbelta, cabellos rubio oscuro, de 1,69 m. de estatura. Soy gran amiga de la naturaleza, los animales, el arte —especialmente la música (toco el piano y el acordeón)—, la poesía, la escultura y la arquitectura, el deporte; me gusta el mar y los viajes, los países extranjeros y me interesa mucho la medicina. En el instituto estudié la lengua francesa, pero debido a mi poca práctica, le ruego sea «indulgente» con mi francés. También sé el inglés y un poco de latín (...)

Todo esto de la correspondencia internacional me gusta mucho. Hoy mismo les he contestado a los dos y a la chica le pido que me envíe una fotografía. El chico me incluía una en su carta.

¡Es curioso: acabo de escribirles y ya estoy deseando recibir sus cartas de respuesta!

16 de septiembre de 1949

ESTA NOCHE llegará, en el expreso que baja de Madrid a Andalucía, mi amigo francés Jean Gamard. En estas cartas últimas hemos acordado hacer «intercambio», es decir, visitar nuestros respectivos países alojándonos mutuamente en nuestras respectivas casas. Ahora, como estoy libre de la mili durante este mes de septiembre, él ha decidido venir a Manzanares. Yo estoy encantado con esta visita y estoy ya deseando conocerle y cambiar impresiones con él. (...)

Madrid, 24 de marzo de 1950 (...)

OTRA COSA interesante y curiosa [era la primera vez que yo veía este nuevo invento] que nos mostró Bousoño fue el «magnetofón». Es un aparato con el que estuvimos oyendo nuestras propias voces en una conversación sostenida unos momentos antes. Me ha parecido un invento magnífico. En él se pueden grabar todos los sonidos y reproducirlos inmediatamente después y cuantas veces como se desee.

Es algo así como mirarse en un espejo por primera vez y encontrarse con una imagen desconocida. Me ha parecido que la propia voz, oída fuera de nosotros mismos, tiene otro tono y hasta un timbre distinto al que nos oímos al hablar. (...)

Ceuta, 4 de junio de 1950

HOY, DOMINGO, ha ocurrido una cosa curiosa en el cuartel. Durante todo este pasado mes de mayo nos ha estado dando «el Pater» unas charlas religiosas, encaminadas a la confesión y comunión para el cumplimiento pascual. Como si fuéramos niños de colegio de monjas nos hacían rezar el rosario todas las tardes para celebrar «el mes de María».

Ayer, como final de este piadoso mes, hubo confesión general y, para confesarnos a todos, vinieron siete curas además del «Páter».

Como dijeron que la confesión era completamente voluntaria, algunos, por unas u otras razones, nos quedamos sin confesar. Naturalmente, esta mañana, a la hora de la comunión, ha habido un buen número de soldados que no la hemos tomado. Después de la misa, nos han puesto aparte a los «inconfesos», nos han tomado los nombres y hemos sido arrestados sin paseo esta tarde. Ahora estamos todos juntos, encerrados en uno de los dormitorios, como si fuéramos indeseables, sólo por el hecho de no haber comulgado hoy. (...)

Todo esto es algo que retrata por entero el estado de sojuzgamiento y de falta de libertad que padecemos en nuestro país. ¡Hasta la religión quieren imponérsela a la fuerza! Viendo estas cosas se da uno cuenta del dominio que ejerce en toda la vida social este régimen de dictadura militarista y enclericada. Resulta un tanto irónico el tercer lema de nuestro escudo. ¿Es en realidad «libre» nuestra patria?

Ceuta, 30 de julio de 1950

LAS ONCE Y MEDIA de la noche. La luna entra por la ventana de mi cuarto y se funde con la luz de la lámpara. Acabo de fumar una pipa de kifi en compañía de mi amigo Carlos y de Pedro, el legionario. Siento dentro de mí un temblor que no puedo dominar, como si estuvieran vibrando a un tiempo todas las fibras de mi cuerpo. Siento unos locos deseos de escribir. El corazón parece que quisiera salirse del pecho. Parece que voy a estallar. Mis compañeros se ríen y dicen que tengo un tremendo «vacilón».

Todo esto es terrible. A mis amigos les asusta un poco mis palpitaciones. Tengo 128 pulsaciones por minuto, según Carlos Parrilla. Escribo consciente de mi excitación nerviosa. He querido reflejar en mi diario las sensaciones que se experimentan en una embriaguez de kifi (estoy bien ahora).

Pienso que todo esto viene a ser una mezcla de acción fisiológica y psíquica. A la acción excitante del kifi se une mi autosugestión de miedo subconsciente

y la acción sugestiva de Pedro, que es, en realidad, quien va controlando la situación. Es un estado realmente curioso: se da uno cuenta clarísima de todo; piensa uno que está normal y al mismo tiempo tiene la absoluta consciencia de que está embriagado. (Más excitación). Esta sensación es intermitente. Se suceden estados normales con estados de una horrible excitación acompañada de palpitaciones y fuerte agitación nerviosa: todo tiembla (...)

6 de septiembre de 1950

ESTA NOCHE, aún no hace una hora, acaba de morir un legionario en la sala de Medicina, justo al lado de mi cuarto. ¡Qué terrible es ver morir a un hombre! Ha sido un cuadro triste e impresionante. La sala estaba llena de enfermos, compañeros suyos hospitalizados en otras salas, todos con sus pijamas blancos, serios, inmóviles, con los rostros petrificados y los ojos clavados en el moribundo. Dos legionarios estaban a la cabecera de la cama y, sentada en un taburete, sor Magdalena rezaba en silencio su rosario con rostro compungido. Todos quietos, mudos, fijos en él, esperando el aliento final, el gesto definitivo. ¡Qué angustioso! El pobre muchacho, ya prácticamente muerto en su inconsciencia, respiraba aún ansiosamente. La muerte estaba ya en su rostro, pero de vez en cuando hacía débiles gestos con las manos, abría desmesuradamente los ojos sin mirada y parecía clavarlos con espanto en alguna sombra invisible. Era como un gesto de terror acompañado de palabras de aire. Volvía el rostro hacia nosotros y sus miradas muertas estremecían el corazón. Su pecho fuerte y atlético, bronceado y lleno de tatuajes, subía y bajaba cansadamente, como si cada espiración fuera la última. Tuvo luego una pasajera excitación y quedó ya definitivamente quieto.

¡Qué trabajo le cuesta a la vida separarse del cuerpo! (...) Yo, ante esta realidad, he vuelto a sentir el amargo frío de la duda que desde hace tiempo me persigue y me acosa. Duda del alma, del cielo, del infierno, de tantas cosas que hasta hace poco me parecían tan seguras, tan incuestionables. Parece tan absurdo, tan ilógico, tan horriblemente injusto que, después de una vida de veinte años, seguramente dura y no feliz, se haya podido «condenar e-ter-namen-te» este muchacho, por muchos «pecados» que

tuviera... ¿Por qué? Este chico es como todos somos: una víctima de las circunstancias de su vida, de la vida que lo trajo y ahora se lo lleva, sin que él haya pedido ni una cosa ni la otra. (...) Lo mismo que cuando la muerte de mi amigo Pacheco, también ahora veo tambalearse las viejas convicciones de mi fe religiosa. ¿Será «el error» que ha entrado en mi espíritu, o será tal vez la luz de la razón y la verdad...? Lo cierto es que me ha sido imposible rezar una oración «por la salvación del alma» de este pobre muchacho que acaba de morir cerca de mí. Detrás de todas las hermosas palabras de las piadosas oraciones, sólo veía la absoluta negrura de la tumba, donde el cuerpo se queda hasta deshacerse en el polvo. (...)

Madrid, 3 de enero de 1953

AYER TUVE una gran alegría: recibí, reenviada desde mi casa en Manzanares un pequeño paquete y una carta de Edelgard. En el paquete venían unos preciosos gemelos de plata y una tarjeta de felicitación de Pascuas y la carta viene ilustrada con un gracioso paisaje nevado coloreado a la acuarela y es simplemente unas líneas de felicitación:

Flensburg, 20 de diciembre de 1952

¡Mi querido José! ¡De todo corazón te deseo una feliz Fiesta de Navidad y un buen Año Nuevo! ¡Que la fortuna te sonría y te conceda muchas hermosas horas llenas de beatitud!

En amor, Edelgard.

P.S.: ¡Gracias mil y mil veces por tus dos cartas! ¡Oh, querido, me proporcionan tanta felicidad! ¡Te quiero, José! Te quiero más de lo que puedes imaginarte. A propósito, hasta hoy no he recibido el regalo tuyo que debía traernos un joven alemán.

¡Dios santo, es maravilloso! «Je t'aime plus que tu peux te figurer!» ¿Será verdad? Casi no puedo creerlo..., pero, sí, yo lo sé bien, lo siento, que ella también me ama. Y tan sólo esto, que es en realidad tan poco, me basta para sentirme feliz.

Pero me ha dejado preocupado el que no haya recibido aún el regalo que le envié con Wilhelm. Sin duda no habrá podido llevárselo, o enviárselo, por cualquier circunstancia y tal vez lo haga más tarde. De todos modos, le escribiré preguntándole qué ha pasado. (...)

Madrid, 11 de julio de 1953

ESTA TARDE he recogido en el Consulado Francés mi pasaporte con el visado de entrada en Francia. Tampoco el visado de salida de España presentó ninguna dificultad. Ahora sólo me falta el visado alemán. ¡Todo va estando, al fin, solucionado! (¡gracias, Buen Dios!) Si no surge por mi parte algún serio inconveniente, mi ansiado viaje será pronto una realidad. Continuamente pienso en esa maravillosa aventura y ya voy haciendo los preparativos. En el hospital me han dicho que a primeros de agosto podré empezar a disfrutar el permiso. Iré primero a pasar unos días a casa, con la familia, y ya desde allí emprenderé el viaje hacia París y Flensburg (...) ¡Dios santo, me parece mentira...!

5 de agosto de 1953 (...)

PASO RÁPIDAMENTE los trámites fronterizos y observo que no lejos del control, un coche está a punto de salir. Cojo rápidamente mi macuto y me acerco a la ventanilla: «Allez-vous en France?», le pregunto al conductor. «Oui, voulez-vous monter?». Y enseguida estoy ya camino de París por las tierras francesas. (...) Pero el primer trozo del viaje acaba pronto: hemos llegado a Bayona y el coche se aparta aquí de mi ruta. Me deja en una plaza rodeada de jardín, donde una orquesta instalada en un quiosko interpreta a bombo y platillo una selección de *L'Arlesienne*. Doy las gracias a mi amable conductor, que se aleja deseándome «bonne route» y, como quien es dueño de todo el tiempo del mundo, me quedo un rato escuchando la música y luego, lentamente, sigo paseando hasta salir un poco fuera de la ciudad, siempre sobre la carretera de París. Finalmente, decido pasar la noche durmiendo sobre un banco de una estación de gasolina.

* * *

Segunda parte: *Diario de un intento (1954-1997)*

Madrid, 14 de marzo de 1954 (...)

DESPUÉS DE COMER he ido a ver a Ángel Crespo y he encontrado allí a Antonio Fernández Molina,

lo cual ha sido una sorpresa y una alegría. Luego hemos ido los tres al estudio de Martínez Bueno. Leonardo no estaba, pero su mujer, Amparito, nos hizo entrar y nos mostró la obra en la que está trabajando: un enorme grupo escultórico para la Semana Santa de Cuenca, del que puede verse, ya casi terminado de tallar, el magnífico caballo de tamaño natural y el centurión que lo monta. Me ha producido una tremenda impresión esta enorme talla en madera. También había allí un gran Cristo crucificado, que estaba ya recibiendo la primera capa de pintura previa al policromado final. (...)

Tras un rato de charla con Amparito, nos despedimos de ella y salimos de nuevo a la tarde dominguera. En una plaza próxima encontramos una gran muchedumbre arrodillada escuchando con devoción la potente voz misionera del padre Rodríguez. La calle y los alrededores estaban atestados de lujosos automóviles. En un balcón estaba el obispo, presto a impartir la bendición apostólica. Ángel y María Luisa se arrodillaron con respeto e hicieron la señal de la cruz. Molina y yo permanecemos de pie, contemplando en silencio la escena de religiosidad y piedad ciudadana. Yo me sentía completamente ajeno a todo aquello y las palabras del obispo y del padre Rodríguez y la bendición papal me parecían algo completamente falso y teatral y artificioso. Observaba los magníficos automóviles, los lujosos abrigos de pieles de las damas, el aspecto prepotente de los caballeros y me llegaban los recuerdos de aquellas escenas y aquellas casas de los suburbios madrileños que había conocido acompañando a Lolita en sus visitas a aquellas madres que parían oscuramente, a veces sin agua caliente con que lavar a sus hijos recién nacidos. Nadie que no lo conozca podrá imaginarse que exista en Madrid tanta miseria. (...)

7 de enero de 1956

OTRO AÑO ha empezado. Todas las esperanzas se proyectan al encuentro de estos doce meses por venir. La pregunta de siempre: ¿qué nos traerá este año nuevo? Quiero que este año sea ya decisivo en mi vida. Tengo que dar la primera gran batalla para que mi situación se mejore y se estabilice. Hay muchas cosas por conseguir en este año. Tal vez demasiadas.

Lolita y yo nos casaremos en el mes de junio. Intentaremos la gran aventura de la emigración al extranjero: nos iremos a Inglaterra o a Francia, para intentar organizar allí nuestra vida, si es posible. Todo esto es ya un asunto decidido. ¿Qué pasará? (...)

La Ciotat (Francia), domingo, 1º de julio de 1956

COMO UN SOPLO parece que han pasado estas dos semanas. Parece que nada ha sucedido, que todo es un lejano recuerdo, como un sueño. Y, total, sólo han transcurrido quince días. La semana antes de la boda pasó deprisa, ocupada en nuestros trabajos respectivos, en mandar las invitaciones, hacer algunas visitas, ultimar preparativos para el viaje, etc., etc. Después todo fue llegando precipitadamente y, al fin, el 23, tan esperado, tan largamente esperado...

Escribo todo esto aquí, en este bello pueblecito francés de la costa mediterránea, La Ciotat, sentado en uno de los salones del «Auberge de la jeuneuse». Lolita está lavando unas cosas. El día está ligeramente neblinoso y hace un viento fresco y agradable. Por entre las nubes blanquecinas se ven trozos de cielo azul pálido. Cantan los pájaros en los árboles del jardín. Ahora Lolita es ya mi mujer, mi esposa y compañera para toda la vida. Comenzamos a cumplir nuestro propósito: estar siempre juntos en el bien y en el mal, en la fortuna y en la adversidad, «hasta que se apaguen las estrellas» (...)

Finale Ligure, Italia, 9 de julio de 1956

EFFECTIVAMENTE, ESTOS cuatro días pasados en La Ciotat han merecido la pena. Han sido cuatro días de descanso, de tranquilidad, de «dolce far niente»: baños en la playa, paseos por los alrededores, excursiones por las montañas que circundan este precioso pueblecito veraniego (...) agradables idilios bajo el rumor continuo de las cigarras que sierran el silencio (...) El «Ostello de Finale Ligure» es nada menos que un verdadero castillo asentado casi en la cima de una colina, sobre el pequeño pueblecito costero de la Riviera dei Fiori. (...) Desde las románticas ventanas de dobles arcos ojivales, se domina un paisaje sereno y grandioso. Al fondo, la llanura interminable y quieta del mar, que brilla metálicamente

bajo la media luna. A la derecha, la montaña que cae sobre el mar en duro acantilado. A lo lejos, la luz intermitente de un faro. Abajo, tras un quieto panorama de olivos «anticos», las luces del pueblecito anuncian la presencia de los hombres. La noche es profundamente serena y sugestiva. Llega uno a sentirse tremendamente feliz. Una de esas noches en que resulta maravilloso estar vivo. Aquí pasamos tres días de reposo y tranquilidad...

31 de agosto de 1956

LEVAMOS YA UN MES en París. El tiempo, mi enemigo de siempre, se escapa a toda prisa y aún, a veces, lo dejo escapar tontamente. Desde el día 4 estoy trabajando en un hospital de Versalles. El poco tiempo que me queda libre por las tardes se me va sin sentir en la casa, conversando con nuestros amigos los Gamard, oyendo música, disipando el tiempo hasta la hora de acostarse. (...) Estamos francamente bien instalados en la casa de estos amigos. Tenemos arriba, en el quinto piso, el ático, una pequeña pieza (una «chambre de bonne») ligeramente abuhardillada, pero hermosa, simpática, empapelada de graciosos colores, con una ventana que nos deja ver la punta de la Torre Eiffel, lo suficientemente amplia y comfortable para que se le vaya tomando gusto sin sentir. (...)

Aquí estoy, solo, escribiendo, preguntándome en el fondo la razón de la vida. La razón, el objeto de mi vida, que hasta ahora no parece tener otra justificación que la razón de estar vivo, que la razón de trabajar y esperar. Esperar a que las cosas sean mejor mañana, aunque mañana las cosas sigan siendo lo mismo, aproximadamente idénticas. Con razón dice Peguy en uno de sus poemas que eso es lo que le extraña a Dios.

Quizás el proceso de la vida venga a ser ese: creer, primero; dudar y proyectar, luchar y anhelar, después; encontrarse objetivamente con las cosas, sin dudar ni creer, más tarde. Y, más tarde aún, ya ni siquiera esperar, estar de vuelta de todo, saber muchas cosas, para ir olvidándolas, sin fe ni esperanza, sin ni siquiera caridad, aguardando con serenidad la muerte. Eso es todo: triste y desconsolador, quizás, pero en el fondo, cierto.

15 de noviembre de 1956

FERNANDO FUE OPERADO el día 8. Me permitieron asistir, como profesional, a su operación. Nunca había tenido oportunidad de presenciar una operación de cirugía torácica y, aunque me pareció una operación difícil y delicada, me impresionó mucho que se pudiera manipular tanto el pulmón de una persona: sacarlo, estrujarlo como una esponja, inflarlo con oxígeno, volverlo para acá y para allá, cortarle un trozo, coserlo y, finalmente, dejarlo en su sitio como si nada hubiera pasado. Pero no solamente tuve el privilegio de presenciar su operación, sino que incluso tuve ocasión de intervenir un momento en ella, sustituyendo un instante al anestesista (que conocía mi profesión y mi experiencia en ese terreno) mientras él devoraba a toda prisa su «casse-croute») en el antequirófano contiguo. La operación fue perfectamente bien y sin ningún contratiempo. El domingo pasado, día 11, cuando fuimos a verle, me quedé sorprendido de encontrarle tan bien: estaba ya sentado en un sillón y hablaba con Luce y con nosotros como si sólo estuviera ligeramente enfermo, o ya convaleciente. Es sorprendente que todo haya ido tan bien.

4 de diciembre de 1956

CANSADO. ESTOY CANSADO físicamente y también, un poco, espiritualmente. Cansado de muchas cosas. ¿Cuándo cambiará todo para hacerse mejor? (...)

28 de diciembre de 1956

EL AÑO YA ESTÁ en las últimas. Hace frío. Ha nevado el otro día. Lluve hoy tercamente, parsimoniosamente.

La Nochebuena ha pasado y también la Navidad (...) Lolita y yo hemos pasado esta primera Nochebuena, a los seis meses de casados, en una apacible y quieta soledad, con calma y serenidad de espíritu, con intimidad de matrimonio enamorado y confiando en las cosas, los advenimientos, con una honda, recogida, serena y sabrosa felicidad. (...) El día 4 de enero regresaremos a Madrid y, según una carta

recibida hace unos días, es muy posible que mi plaza en el hospital quede cubierta a primeros de año, lo que significa que me encontraré sin trabajo al llegar y, sabiendo lo difícil que resulta encontrar trabajo en Madrid, la situación no es muy alentadora. Por otra parte, mi ingreso en la casa Simca como traductor queda suspendido de momento: la crisis en la gasolina, originada por el conflicto del Canal de Suez, ha paralizado temporalmente la producción de los coches de gran cilindrada y producido una reducción drástica en la fabricación de vehículos, por lo que queda suspendido todo aumento en la plantilla de personal. Y, por si fuera poco, mi contrato temporal en Galerías Lafayette ha terminado. Bien es verdad que me ofrecieron otro contrato más ventajoso, pero no lo acepté. Por todas estas razones, nuestra permanencia aquí —en estas circunstancias, sobre todo— resulta injustificada e inconveniente.

Madrid, 15 de febrero de 1960

EL MUNDO ESTÁ AHORA en una situación histórica de un extraordinario interés. Por una parte, los continuos avances de la ciencia y la técnica, el descubrimiento de la energía nuclear; las dificultades que parece comienza a presentar la escasez de combustibles y los sistemas de transportes y comunicaciones que, naturalmente, habrán de conducir a prodigiosas soluciones y sorprendentes avances; la carrera de los inventos útiles y prácticos destinados a simplificar y hacer la vida más cómoda y fácil... Por otro lado, en el terreno político, los altibajos de esta incesante lucha por el poder y la hegemonía política y científica entre los Estados Unidos y la Unión Soviética, los vaivenes de la situación internacional, el problema de Alemania, el crecimiento demográfico de tantas naciones, el comienzo en la evolución y desarrollo de países hasta ahora más o menos olvidados, como Brasil, Canadá, Australia, Suráfrica, etc., pero de incalculables recursos y riquezas inexploradas; la tendencia hacia bloques de países unidos o confederados, la emergencia de las nacionalidades... Y, por último, en el terreno del desarrollo técnico y científico, la perspectiva, no demasiado lejana ya, de la conquista del espacio y las comunicaciones y los continuos avances en todas las ciencias... Creo que ante este mundo actual se ofrece un asombroso y maravilloso panorama de conquistas y realizaciones.

Es inimaginable lo que el devenir de estos años futuros puede ir trayendo a la Humanidad. Verdaderamente, nos ha tocado vivir una época llena de complicaciones, pero llena también de apasionante interés y sería una pena morir ahora, sin ver cómo sigue esta película. Me pregunto a veces cómo será la vida cuando hayan pasado unas cuantas decenas de años. ¿Será más feliz la humanidad? ¿Qué tipo de vida les tocará vivir a nuestros hijos?

Enero 1995

EN ESE LARGO LAPSO de tiempo entre 1977 y 1988, en el que sólo muy de tarde en tarde escribo algunas esporádicas e inconexas anotaciones, hay unas cuantas páginas aparte, escritas a máquina, que pretendían ser un nuevo diario y que, aunque carecen de fechas, quiero incluirlas aquí, antes de pasar a transcribir el contenido del último cuaderno. He aquí sólo algunas de ellas:

[...] La muerte, sí, la muerte, que no descansa nunca, que siempre está presente. Como ahora, hace unos días, cuando murió mi hermano, cuando llegué a su lecho al exhalar sus últimos alientos, con los ojos ya turbios y el silencioso corazón apenas trabajando con sus últimas fuerzas. Luego, en un instante, la palidez, el azulado velo, el todo terminó, el cuerpo como un trapo que poco a poco se endurece y al que hay que cerrar los ojos y componerlo todo en actitud de sueño. El sueño de la muerte. Y las preguntas, y los desparramados pensamientos que no encuentran apoyo ni respuesta. Y el dolor y las lágrimas y la vida nuestra que, al lado de la suya ya parada, todavía prosigue. Hasta aquí. Nunca más. Jamás lo volveremos a ver entre nosotros y esto es lo que sorprende, la gran ausencia. Pero seguirá vivo entre nosotros mientras lo recordemos. Como tantos amigos que fueron ausentándose y de los cuales sólo unos recuerdos perduran y los mantienen vivos en nuestro corazón. Como Edelgard, muerta ya hace doce años, según me llega ahora la noticia buscada en el Ayuntamiento de Flensburg. Y sin embargo, la siento ahora tan viva en mi interior, que me parece que en un instante puede surgir en el aire, con sus labios tan pequeños y tristes y sus ojos penetrando más allá de las cosas. ¡Pobre Edelgard, cuánto la quise y cómo

todavía la guardo en mi corazón! Comprendo bien ahora el porqué de las religiones, de los cultos a los muertos, el afán implacable de creer que hay algo que no muere, que no puede morir, que no es posible el nunca más, que es preciso que algo de los que amamos sobreviva flotando a nuestro lado y no nos abandone. Tenemos que creer en el espíritu. Tiene que haber al otro lado un reino de la luz donde las almas se amen. Hay que inventar un paraíso donde tantas preguntas sin respuesta no sean ya necesarias, donde la fe no exista y todo ante la luz se justifique. El reino de las almas, donde todo sea limpio y puro y feliz para siempre. Y es preciso también que, alguna vez, las almas vuelvan por un instante a nuestras vidas y nos susurren su mensaje, que se nos muestren en apariciones, que nos dejen su signo, una señal, un eco, apenas una sombra de su imagen, el aliento fugaz de unas palabras que sugieran la imposible certeza de su amor. La muerte es el secreto de todo, la razón de la vida. Sin la muerte, todo sería muerte, hasta la misma vida.

Es difícil tener la certeza de tantas cosas como pertenecen a la esfera de lo inconcreto, de lo inmaterial, es decir, al ámbito de la especulación más o menos filosófica, como eso, por ejemplo, de la existencia del alma, o del espíritu, (si es que no se trata de la misma cosa), o de la inmortalidad del alma/espíritu, o de la existencia, o no, de una «divinidad» suprema y todopoderosa que fundamente el origen de todas las religiones. Parece que sólo disponemos de la fe o de la razón para aceptar o no la existencia de lo «sobrenatural», como se le llama a todo lo que no entendemos naturalmente. Incluso la palabra «sobrenatural», es ya, en sí misma, una razón de fe. En buena razón, parece difícil pensar y aceptar que un ser tan natural como el ser humano sea capaz de comprender siquiera algo que sobrepase su propia naturaleza y, por otra parte, si «existiera» algo sobrenatural, dejaría de serlo en el momento de convertirse en «existente». La razón viene a ser lo «natural», y la fe, lo «sobre». La verdad es lo que la razón ve, y la fe lo que la imaginación inventa y desea que exista en la realidad. Por eso resulta tan difícil aceptar la naturaleza real de la muerte y tan atractivo creer en una vida «sobrenatural».

Todo lo que el ser humano ha imaginado, teorizado e incluso razonado en torno a la supervi-

vencia del espíritu o la inmortalidad del alma, no es otra cosa que un afán por explicar de algún modo la pervivencia del «yo» individual, de tal manera que el individuo adopte con facilidad la fe en esa supervivencia. Cuando la razón le hace ver que un día todo termina bajo la tierra, resulta consolador «creer» que eso es únicamente una apariencia; que es sólo el cuerpo lo que queda enterrado, en tanto que el «alma» continúa para siempre una vida «perfecta» y feliz. Mejor creer en la «resurrección de la carne» y la vida perdurable. Amén. Tal vez al hombre le resulte más difícil aceptar la supervivencia natural de la vida; más difícil creer en la razón que razonar la fe. Cuando se piensa en la enorme cantidad de vida que muere a cada instante y en su última instancia se viene a convertir en tierra, en aire y en agua, y cuando, por otro lado, se considera la enorme cantidad de vida que en cada momento está naciendo y desarrollándose gracias a la tierra, el agua y el aire, resulta inexplicable no admitir que todo viene a ser la misma cosa, la misma vida que viene así sobreviviéndose desde el principio mismo de la vida, en todas sus formas posibles. Es decir, que tan inmortal es el mosquito como el ser humano, aunque se pueda añadir que el ser humano piensa, imagina y cree (...).

Gregorio Prieto quiere morir, quiere que Dios se lo lleve al cielo. Le da miedo la muerte. Dice que el círculo simboliza la inmortalidad. Pero también simboliza la nada, el vacío, la célula elemental que forma el todo, que encierra un mundo y excluye a los demás. Porque, según parece, la última partícula del fondo del átomo está vacía o contiene tal vez una ínfima partícula de energía, una especie de nada encerrada en un círculo. Y así, tal vez, el círculo va creciendo y creciendo, hasta ese inmenso círculo impensable que encierra la nada infinita del espacio. Como el minúsculo círculo de la célula que se repite y repite hasta formar esa especie de nada que es el hombre, donde se encierra un mundo...

Y, sin embargo, ese último círculo que encierra un punto de energía, contiene una parte del todo. Por eso el círculo simboliza la eternidad y la nada de la que surgió todo: una vez más, el fin es el principio y el principio es el fin. Todo es un círculo.

* * *

Tercera parte: Años de propina (1998-2002)

7 de mayo de 1998 (...)

PERO, VISTO de una manera más objetivamente intimista, la verdad es que ahora creo que, sinceramente, hay muy pocas cosas que me interesen de un modo, digamos, apasionado. Si considero, por ejemplo, el aspecto social, político y religioso, ya nada me parece interesante ni apasionante, porque en esos aspectos me siento absolutamente desilusionado y he perdido en ellos mi fe, mi esperanza y hasta mi caridad, que quizás se sintetizaban en la utópica ilusión de que yo podría contribuir de algún modo a que la humanidad y la vida pudieran llegar a ser «perfectas». Ahora, pudiera parecer que he encontrado «mi verdad» sobre estos temas, y es que he llegado a la conclusión de que «las cosas son como tienen que ser», porque en eso consiste quizás la perfección del mundo. Es decir, que el mundo es perfecto tal y como es, con todas sus imperfecciones. Incluida la estupidez de la Humanidad, junto con su maravillosa inteligencia. En el fondo, algunas veces, se podría pensar que todo funciona y discurre de un modo fatal e inexorable. Como si la Humanidad toda, e incluso toda la vida y el funcionamiento del mundo y aún del cosmos, fuera algo poderosa o maravillosamente concatenado por una programación infalible en todas sus alternativas o variaciones posibles. Hasta nuestro cacareado libre albedrío está meticulosamente condicionado. De un modo u otro, todo y todos es y somos eso que ahora se llama un «robot». Metafóricamente, podría decirse que somos como unos juguetes mecánicos de algún Dios Cibernético. (...) Es decir, que ahora contemplo la vida a mi alrededor con una casi completa indiferencia y con el íntimo y claro sentimiento de que todo sucede como tiene que suceder y de que lo que haya de ser, será, para bien o para mal, sin que esté en nuestras manos el evitarlo. En el fondo, tengo una tremenda conformidad con las cosas y una especie de inercia en este seguir viviendo cada día sin gran ilusión y con pocas esperanzas.

7 de enero de 1999 (...)

Y, EN REALIDAD, para nosotros ya poco o nada cambia en el discurrir de estos años, aunque, por

otra parte, sí se observa el enorme cambio, la formidable transformación que ha experimentado el mundo y el sistema de vida que ha venido produciéndose en la población a lo largo de estos años que han constituido nuestra existencia. Pero no en toda la Humanidad han sido idénticos —y ni siquiera comparables— estos cambios o transformaciones: son verdaderamente terribles, impresionantes, las imágenes de extremada pobreza y de vida infrahumana de esos pueblos africanos, asolados por la hambruna, la miseria y la desolación, que nos muestra tan a menudo la televisión. Es deprimente, angustioso y tristísimo ver esas imágenes, que raspan el alma de remordimiento, de esas pobres gentes (sobre todo los niños, verdaderos esqueletos con unos ojos enormes que parecen expresar todos los reproches y todas las desolaciones), que vagan huidos de sus tierras y de sus casas, donde les amenaza la muerte, comiendo no se sabe qué —gusanos que sacan de los lodos— y que ahí van muriendo, esperando una ayuda del mundo que no les llega y una solución a las guerras tribales y a las luchas políticas de sus miserables países, que a duras penas van saliendo de su primitivismo.

23 de febrero de 2001

HOY ME ENCUENTRO deprimido sin saber por qué, aunque, principalmente, triste y preocupado por la enfermedad y la operación de mi nuera. Por otro lado, desilusionado, sin ganas para nada. He intentado escribir algún poema para otro libro que tengo en marcha titulado, provisionalmente, *Proyecto nocturno*, pero no consigo escribir un verso afortunado. Decido, finalmente, contestar la última carta de Avedán y, casi sin darme cuenta, e incluso queriendo evitarlo, se me ha enganchado el octosílabo y, al final, me ha salido directamente y sin el menor esfuerzo esta carta «romanceada» que transcribo:

A Manuel Avedán, en Madrid

Querido Avedán:

Un mes y dos días hace que recibí tu carta y aquí la tengo delante con su letra firme y clara, con sus renglones parejos de palabras ordenadas, bien medidos y ajustados, que ocupan toda la página y me

dicen y me cuentan de cosas que, ya pasadas, han perdido su vigencia, su poca o mucha importancia, pues todo lo lleva el tiempo y al mismo tiempo que pasa, nos va dejando a su paso huellas felices o amargas, recuerdos buenos o malos que, al final, también se pasan, aunque hay algunos que duran y en el recuerdo se agarran y nos pesan o nos pisan las entretelas del alma, o nos pintan la sonrisa melancólica o nostálgica, que hay recuerdos que resuenan como cuerdas de guitarra, ora graves, ora alegres, ora vibrantes y largas...

Pues sí, Avedán amigo, ya se pasaron las Pascuas, ya va marchando el milenio con toda su historia a rastras, pero respecto al turrón y a las «sus pringosas garras», de las que tú tan ileso te declaras en tu carta, yo he de decirte que sigo preso dellas, ¡Dios me valga!, pues en mi alacena tengo cerca de cincuenta cajas, que han de durarme, calculo, unas cincuenta semanas, hasta los nuevos turrones. Es algo que tengo a gala (y a veces d'ello presumo, aunque sea una «chorrada»), ser el único mortal (o, al menos, de los poquitos, pues gente rara no falta) que toma turrón de postre sin marrar una jornada. ¡Viva el turrón de Jijona, aunque se fije en la panza!

Pero, en fin, dejando aparte estas cosas tan livianas, (que aunque, según se las mire, puedan tener su importancia, pues el comer y el cagar —con perdón de la palabra, que, a pesar de los prejuicios, es vigente y castellana— son dos cosas «sine qua non» la nostra vita non marcha), te diré que últimamente la mía vita malanda, tanto da parte do corpo como da parte de l'ánima: la prima, c'est le Ménière, la dua: «fatamorgana», «tedium vitae», que se dice según la manera arcaica, o asco d'esta porca vita cuando nos muestra su cara, fea y fría donde cruza la sombra de su guadaña, tanto si cura por nos, cual si por quien bien se ama. Y es que «la vida es ansí», como dijo el de la barba; es el río que nos lleva con sus prisas y sus pausas, por sus ferias y sus furias, por sus brisas y sus brasas, por dulzuras y angosturas, ora a oscuras, ora a claras, tanto si así lo queremos, como si no; nada cambia ni puede torcer el curso arbitrario de sus aguas donde vamos como «hojas del árbol caídas». Nada detiene ese río errátil que tarde o temprano acaba en «la mar que es el morir», donde todo río empieza, donde todo río para, porque el río y porque el mar son de la misma sustancia. Vida y muerte, muerte y vida: el Jano de las dos caras.

Bueno, perdona el largo soliloquio de esta carta, que sin poder evitarlo salió en romancera fabla, y es que hoy me siento triste, triste y cansado y sin ganas de querer ni de creer ni de tener esperanzas.

Y es que hay días que uno ve las cosas mucho más claras y se da cuenta que, al cabo y al fin, nada importa nada y que lo mejor, quizás, es tocar la balalaika y dejar que todo pase por las piernas separadas y mirando al horizonte viendo como el sol se acaba, lanzar cuan lejos alcance una copiosa meada a ese río indiferente al que nada importa nada.

Hasta cuando quieras. Dale un beso a Andrea. Mañana será otro día. Mañana será de nuevo mañana; será el río de siempre llevando la misma agua; será la misma tristeza, la misma desesperanza, pero esperando esperar que sea mejor mañana.

Un abrazo. Escribe pronto... ¡y no estés triste, caramba!

Cantahueso, 28 de julio de 2001

ME DA LA IMPRESIÓN, cada día más firme, de que mi estro literario está ya en una vía casi irremediabilmente segura de agotamiento. Ni siquiera este viejo diario me motiva ni me inspira. El simple hecho de encender el ordenador y poner en la pantalla una nueva página, me bloquea el cerebro y las ideas se me diluyen en el vacío y la indecisión. Y, de repente, no encuentro nada que decir, si no son las mismas ideas más o menos quejumbrosas, ya tantas veces repetidas.

Noto ahora que me cuesta más trabajo que nunca dar forma escrita a mis ideas y pensamientos y el que con más frecuencia y claridad me persigue es el de que, además del escaso valor de lo poco que he hecho, empiezo a notar la certidumbre de que, prácticamente, poco o nada me queda ya por hacer. Así pues, como último e inútil recurso, seguiré transcribiendo aquí estas cartas que, hasta cierto punto, me parecen interesantes.

23 de septiembre de 2001

ESTA CARTA de Abella me ha hecho volver sobre una serie de ideas y consideraciones en torno a este conflicto, en las que he venido pensando durante todos estos días pasados y que ahora voy a intentar transmitirle a mi amigo en esta carta que aquí mismo le escribo.

(...) En cuanto a la monstruosidad cometida en USA, también nosotros la sentimos y la presenciamos desde su comienzo, cuando, al principio del telediario de mediodía, vimos aquella primera torre ardiendo y aquel avión estrellándose contra la segunda, unos minutos más tarde. Luego, ya no nos separamos de la televisión hasta las tantas de la noche. Aquello, realmente, era terrible e increíble. Nos parecía demasiado duro para ser verdad.

Ahora, unos cuantos días después, tú te preguntas si tal monstruosidad tiene una explicación racional dentro de su irracionalidad y yo creo que sí la tiene, aunque no sirva en modo alguno como justificación.

Aunque el terrorismo siempre será injustificable, yo creo que hasta lo más irracional e inexplicable tiene al fin una explicación y quizás una justificación más o menos racional. Incluso varias y diferentes explicaciones, dependiendo del cristal con que se lo quiera mirar. Una de ellas, acaso la más simplista, pero que aparece como la más directa, aunque no sea la única verdadera en este caso, es la del fanatismo (fenatismo, debería llamárselo) religioso. Para mí las religiones, en general, son como una reminiscencia anacrónica de la etapa tribal y más primitiva e inculta del homo sapiens: aquella en que el más listo y quizá el más fuerte de la tribu, aprendió a aprovecharse, para su beneficio, de la credulidad (o fe, por otro nombre) de los demás tontos de la tribu. Probablemente inventó un dios terrible y poderoso y empezó a gobernar en su nombre. Así debieron nacer las religiones que más tarde fueron dando lugar a todas (o casi todas) las guerras que han ido llenando de héroes y de santos la historia de la Humanidad. Las Cruzadas, por ejemplo. O la extensión por medio mundo del Islam, «con el Corán en una mano y la cimitarra en la otra», como recuerdo que decía uno de los libros escolares. O la Inquisición. O la expulsión de los moriscos y los judíos. O los actuales enfrentamientos entre protestantes y católicos en el Ulster. Únicamente el «fenatismo» religioso, esa fe ciega capaz de engendrar el odio, creo yo, es capaz de arrastrar a los hombres a la muerte, alentados por la consecución del Paraíso prometido y la defensa de su fe. Y se oyen ahora dos invocaciones que pueden justificar todo lo anterior: la de «guerra santa» por un lado y, por el otro, de «justicia infinita». Porque yo

creo que también puede degenerar en fanatismo un nacionalismo exacerbado, o un orgullo desmedido, o una inagotable ansia de poder o de riqueza o de dominio: caso de la ETA, probablemente, y, casi con toda seguridad, caso de la guerra entre palestinos e israelíes, y pudiera ser que también en el caso de esta «primera guerra del siglo» que anunció el presidente Bush en una de sus primeras alocuciones.

22 de septiembre de 2002

PARECE QUE HOY es el último día del verano, y el comienzo del otoño. El tiempo está revuelto, con cielos pesadamente nublados, vientos fuertes, pero pocas lluvias importantes por esta región. Tiempo malo para mí: el Menière y las cervicales me traen a mal traer y no consigo encontrarme bien, como antes. Ya sé que esto suena otra vez a quejiconería, a estúpidas e inútiles lamentaciones, pero así es como andan ahora mi cuerpo y mi espíritu (que, a fin de cuentas, son la misma cosa). Mi cuerpo no funciona bien ni mi espíritu tampoco. Cuando me siento tan mal (como me sucede últimamente), me acuden con mayor insistencia los deseos de abandonarlo todo, incluso la vida, que no resulta nada alentadora, en las condiciones de casi absoluta incapacidad para hacer otra cosa que no sea estar tumbado, dormido o rumiando tristes pensamientos, en que me encuentro ahora. Esto, unido a la ya total desesperanza respecto a mis pocas (y, quizás también inútiles) obras, y a la cada vez más segura incapacidad de poder hacer nada mejor en adelante, me van haciendo perder cada vez más profundamente el amor a la vida.

Por otra parte, también voy perdiendo el interés por todo, incluido este diario, en el que ya sólo podría anotar pesimismo que aumenten su aburrimiento y su inutilidad. Ahora sólo veo vejez y decrepitud por todas partes, así como en mis años jóvenes sólo veía en todo juventud y esperanza. Este mundo que ahora tantas cosas jóvenes, prometedoras y maravillosas ofrece, parece también, al mismo tiempo, andar envejecido, deteriorado y trastornado por esta humanidad que, pareciendo capaz de conocerlo y solucionarlo todo, no puede o no sabe o no quiere detener y evitar su propia y paulatina autodestrucción.

Como no leo los periódicos (salvo el suplemento cultural de uno de ellos que me pone un vecino cada semana en el buzón), no sé si se publican noticias más optimistas, pero las noticias que difunden las cadenas de televisión no dejan de ser verdaderamente desalentadoras. Además de la destrucción incesante del medio ambiente (del que son los más graves responsables), ahora, los EE.UU., apenas a unos meses de terminada su «guerra santa» de la justicia infinita que ha dejado en ruinas al país más pobre de la Tierra, este al parecer omnímodo poder norteamericano quiere emprender, él solo —como los pistoleros de sus películas—, y ante la oposición de las Naciones Unidas, la destrucción de Irak, al que considera la encarnación del mal y del terrorismo mundial que les amenaza. Por otra parte los israelíes —sus aliados y protegidos— están haciendo otro tanto con Palestina, sin que las Naciones Unidas, ni la Comunidad Europea y, ni siquiera la comunidad de los países árabes, escuchen las llamadas de socorro del presidente Arafat, ahora confinado, sin agua, sin luz y sin teléfono, en las reducidas dependencias que aún permanecen en pie de la sede de su gobierno, totalmente arrasada por obuses, tanques y bulldozers del poderoso ejército israelí. No acabo de comprender esta actitud criminal, inhumana y aún más terrorista de los israelíes, de destruir sistemáticamente las familias y las casas de los supuestos terroristas que persiguen y consiguen capturar.

Pero lo que más me indigna de los noticieros televisivos es la especie de sumisión, no sé si cobarde o impotente, de los miembros de las Naciones Unidas ante esta arrogancia prepotente del presidente Bush, que, según me estoy temiendo, va a sumir al mundo en otra guerra que, de una forma u otra, acabará afectándonos a todos.

Notas

¹ Manuel Alberca, en el número 3 de esta revista, reseñó ampliamente los dos volúmenes publicados de José Fernández-Arroyo.

² En los cuadernos originales sólo transcribía algunos párrafos traducidos del francés de las cartas de Edelgard, pero en el libro publicado por la Biblioteca de Autores Manchegos aparecen íntegras y traducidas todas sus cartas.